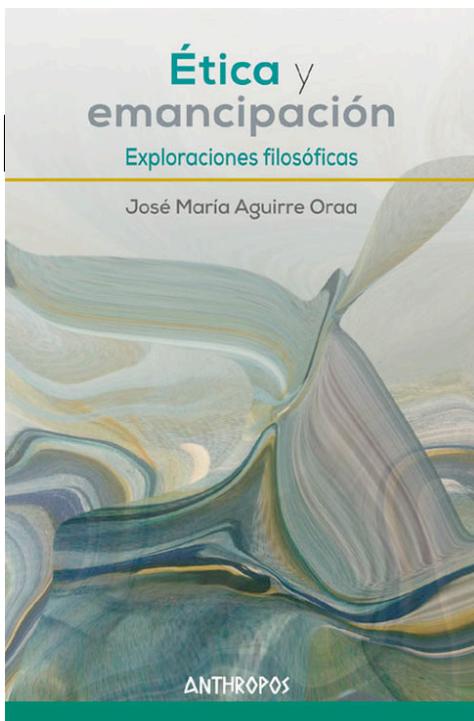


José María Aguirre Oraa, *Ética y emancipación, Exploraciones filosóficas*, Editorial Anthropos, Barcelona, 2015. 398 páginas.

Por [Lucas Carreño Cortés](#)



Mucho se habla y se escribe de ética en nuestros días. Muchos son los debates y las cuestiones que se plantean y que portan ese “pluralismo moral” característico del siglo XXI. Es por ello por lo que las personas necesitan una brújula moral tanto como cualquier otra necesidad básica. Debemos saber vivir y esto se aprende reflexionando críticamente y con la experiencia vivida por uno mismo.

*Ética y emancipación* tiene como objetivo responder a los conflictos políticos y éticos de nuestro tiempo desde una perspectiva totalmente filosófica que tenga como *telos* la emancipación

humana. Pero como se explicará más adelante, los contenidos éticos de la emancipación no se sustentan en afectos, gustos o emociones, sino en argumentos racionales.

En la primera parte del libro se analizan las propuestas clásicas de Aristóteles y Kant, así como las propuestas éticas contemporáneas más destacadas. En este fragmento, el autor quiere recuperar las aportaciones de textos clásicos que sean útiles para el trabajo y la investigación (en el ámbito estrictamente académico) sin exclusión de las grandes líneas que orientan el pensamiento filosófico contemporáneo. Sin embargo, debido al carácter globalizador de este libro y de la filosofía en general, se pretende ir más allá del ámbito académico y sus exigencias. Se

pretende llegar a una realidad a través de reflexiones críticas y creativas relacionadas con problemas de la actualidad donde todos tenemos voz y voto. Seguidamente se indican las perspectivas filosóficas capaces de articular un pensamiento que tenga como principio y como fin la emancipación del hombre. Por último, se aplica esa perspectiva a varios ámbitos de la existencia humana.

Como señala Aguirre, quizás vivimos en tiempos de fragilidad y de oscurecimiento, pero también de desafíos y oportunidades en los que se necesita, como nunca, la fuerza de la razón y el dinamismo de la conciencia ética. Es verdad, aunque duela admitirlo, que actualmente los caminos de la liberación no aparecen con claridad y que los horizontes éticos no aparecen despejados. Pero si uno vuelve la mirada hacia atrás podría preguntarse: ¿Alguna vez estuvieron claros estos caminos, o siempre fueron objeto de imaginación y deseo? Quizás ha llegado el momento de oportunidades históricas de emancipación que todavía no se han explorado y que solo están en el colectivo imaginario de unos pocos. Pero también nos queda la fuerza de la esperanza y del sentido utópico. Y por otra parte, si todo estuviera dicho ¿de qué nos serviría pensar? No se pueden apagar ni la libertad ni la esperanza con realismos banales o con dogmatismos opresivos, como bien se ha aprendido del siglo XX. Uno de los retos fundamentales de la ética es cambiar el rumbo al que parece verse abocada esta nueva época. Un reto de responsabilidad para cada uno de nosotros, un reto de simpatía y entusiasmo por la liberación, un reto de esperanza.

Uno de los temas centrales en el desarrollo del libro es la recuperación y reconducción del *pensamiento moderno e ilustrado* frente a tanta crítica *postmoderna* que se le ha hecho. Los maestros de la sospecha, Marx, Nietzsche y Freud predicaban como un gran objetivo de su pensamiento la crítica de la razón ilustrada por sus aspectos totalizantes e idealistas. En este sentido se puede decir que todos somos postmodernos. Después de acontecimientos tales como Auschwitz o Hiroshima ya no es posible creer en un progreso humano en todos sus ámbitos. Habría que ser ilusos para pensar que el progreso técnico y científico del ser humano es directamente proporcional a su progreso en el ámbito de la razón práctica. Después de todo este entramado de desgracias se crea una actitud que trae consigo un rechazo total hacia aquel proyecto que se había construido durante la época moderna. Se

constata un fracaso importante de las grandes utopías de emancipación que se habían ofrecido en las teorías globales de la historia. Pero al igual que Habermas, Aguirre cree que es más conveniente seguir defendiendo que la modernidad constituye un *proyecto inacabado*, pero que a la par *debe ser reconducido y adaptado* a las circunstancias del presente. Un *proyecto* guiado por la razón, pero por una razón más *modesta*, menos *sabelotodo*, que conozca sus limitaciones, pero también sus capacidades. Aguirre también advierte que el debate sobre modernidad y postmodernidad es algo irrelevante si en *él* no están presentes las víctimas de este mundo. En otros términos, no se sabe *qué* es peor o *qué* es mejor, *si* la modernidad con su razón que acaba siendo razón instrumental y de dominio o la postmodernidad con su sinrazón que acaba siendo razón desentendida. No hay proyecto de emancipación posible si olvidan las víctimas de la realidad mundial instaurada. Según Aguirre, las víctimas del Tercer Mundo son las que crean la exigencia de una razón compasiva y comprometida que tenga como foco solucionar este problema.

Debido a todo este conjunto de reflexiones no se entiende como la tendencia dominante de nuestras sociedades ha apartado con frecuencia la dimensión ética al ámbito de lo personal, quedando el espacio público totalmente dominado por la racionalidad instrumental y la racionalidad científica. El cientificismo, como ideología, ha dominado la mayor parte de los planteamientos intelectuales. Bajo esta ideología, solo es racional lo científico, lo *objetivo*, por lo tanto, sólo eso es verdadero. El conocimiento científico y técnico ha ampliado su dominio de conocimiento dada su gran capacidad de utilidad humana y social. La consecuencia de esto es que se ha acabado por desplazar a la moral, a la razón práctica, a la praxis humana al ámbito de la irracionalidad. La ciencia ha conseguido desplazar a la ética a los terrenos más oscuros del subjetivismo, donde las acciones de cada uno se rigen únicamente por lo sentimental, lo afectivo, lo decidido por cada cual. Con ello, se llega a concluir que no hay manera de establecer principios morales, fundamentados y racionales. En el campo de la administración y de la economía funciona la racionalidad (científico-técnica) y en el campo de la moral se da un *politeísmo de valores*. ¿Pero por qué? Porque las grandes cosmovisiones, metafísicas y religiosas han caído en el descrédito. Debido a esto, el ámbito de la moral queda reducido a un cúmulo de

perspectivas plurales donde se afirma dogmática y equívocamente que resulta imposible ponerse de acuerdo de manera racional sobre principios y valores morales comunes a todos.

Bajo esta perspectiva, el autor reflexiona sobre dos campos concretos: las organizaciones económicas y la actividad científica.

Cualquiera que tenga unos conocimientos básicos sobre economía sabe que la lógica del mercado, la ley de la oferta y la demanda y la organización capitalista del mercado no están en la esencia del ser humano. El sistema capitalista ha sido uno de los numerosos modos de producción que ha utilizado el hombre a lo largo de su historia. La organización económica socialista, que degeneró en un socialismo burocrático en la antigua URSS, sería un ejemplo de ello. En algunas latitudes de nuestro planeta se sigue confiando en esa organización socialista de los medios de producción, y aunque sea una posición minoritaria, su objetivo es reconfigurar la economía del mundo. Por último, se desmiente la idea de *libertad pura del mercado*. En la economía mundial existe proteccionismo por parte de las grandes potencias económicas, solo ellas poseen el acceso a sus mercados. También existen subvenciones para sus producciones agrícolas o industriales. Otro factor que crea una desigualdad brutal es el poder de las grandes corporaciones sobre la dinámica del mercado. En definitiva, hay países dominantes y países dominados, o dependientes. Con lo cual, cuando uno se encuentra con la realidad de un mundo cada vez más desigual e injustamente estructurado, donde hay un Norte del mundo rico y un Sur del mundo pobre, no podemos perder la esperanza en que se estructure un nuevo orden económico mundial que organice las actividades económicas de una manera más justa y solidaria para todos.

En el ámbito de la ciencia se pretende introducir el mismo chispazo reflexivo pero tomando un camino diferente. Aguirre quiere demostrar que los científicos y sus profesiones necesitan un conjunto de fundamentos, principios o normas morales que regulen sus actividades. Un científico sería un iluso si pensase que todo lo que investiga y lo que hace no tiene una repercusión real en el mundo. En EEUU la mitad de los científicos trabajan para el llamado "Complejo Militar Industrial". Es por ello por lo que no se puede hacer oídos sordos a la gran responsabilidad de los científicos y sus profesiones para las finalidades de la vida humana. Aguirre toma las palabras

de Xavier Zubiri para explicar que los hombres deben ajustar sus acciones a la realidad que se les presenta. El hombre, en tanto que libre, debe elegir qué hacer y cómo hacerlo. Esta elección supone que hay que plantearse normas morales o principios que deben ser aceptados como válidos para regular la existencia y la convivencia entre los hombres. Todo ello supone que hay que preferir unas normas a otras, puesto que unas se nos muestran como más justas que otras para la convivencia humana. Con ello entramos en la lógica del discurso, dar razones para elegir, fundamentar las normas morales, poner límites a la acción humana y establecer los marcos de nuestra responsabilidad. Ello quiere decir que las normas no pueden ser impuestas de forma coercitiva, sino que deben fundamentarse argumentativamente en el seno de la intersubjetividad humana. Esta es la causa por la cual la reflexión filosófica incita a movilizar nuestro dinamismo moral y a no desprendernos de él cuando estemos en nuestros despachos, casa o profesiones, sino a expandirlo constantemente a todas las acciones de nuestra vida. La reflexión ética crítica puede señalar como perspectiva fundamental de la acción humana un principio ético que puede ser coherentemente fundamentado y racionalmente justificado: el respeto absoluto e incondicionado hacia todas las personas.

364

Mayo -  
unio  
2019

En esta reseña me parece justo hacer una mención, aunque sea breve, a la relación que este autor establece entre el ámbito de la ética y el ámbito de la política. La hipótesis sostenida por Aguirre señala que la política sin la ética puede estar ciega y la ética sin la política puede resultar totalmente ineficaz. Esto explica la gran importancia del pensamiento político, pero también es lo que marca sus límites. En el libro se indica que la vida política siempre está en constante tensión con la ética. Esta tensión viene dada porque la política se concibe como un brazo ejecutor de la ética, pero no de todas sus concretizaciones. Bajo esta hipótesis quedan excluidas del campo de investigación todas aquellas teorías que subordinan la ética al ámbito de lo político, pero también se excluyen todas aquellas que afirman la autonomía absoluta de la política. Encontrar una articulación dialéctica y constante entre ambas disciplinas supone un reto para el pensamiento y la acción humana. Otra idea que destaca sobre las demás en *Ética y Emancipación* es la de democracia. Para este autor la democracia es fundamentalmente un horizonte inacabado, no una realidad hecha y consolidada. Aguirre defiende que la democracia siempre es una aspiración futura,

un deseo que todavía no se ha hecho realidad. Al igual que Derrida, afirma que la democracia sigue estando por venir y que siempre será así. Ya que el concepto de democracia se ha ido perfeccionando a lo largo de muchas etapas históricas y sigue haciéndose hoy en día. Parece que nunca se llega a la democracia perfecta, pero esta es la realidad de su esencia. En otras palabras, el concepto de democracia es *indefinidamente perfectible*, por lo que siempre se planteará como algo insuficiente y que se llevará a cabo en el futuro. Como la estructuración de nuestras sociedades está en su mayor parte regida por potencias democráticas será preciso redefinir dicha idea para introducir conceptos como los de solidaridad y responsabilidad. Este tipo de refinamiento de la idea democracia es lo que puede dar fuerza a movimientos capaces de frenar las injusticias a las que se está enfrentando el *nuevo mundo*.

Son muchas las alusiones que se hacen en el escrito al concepto de utopía. Aguirre argumenta que la reflexión filosófica en términos utópicos no resulta ni inútil ni superflua. Este tipo de reflexión puede y debe ayudar a los actores políticos para ayudar a captar con mayor lucidez lo que está en juego en sus prácticas y lo que nace de ellas. “La reflexión filosófica puede también intentar avanzar en el pensamiento el esfuerzo de la acción, aunque se haga con relativa indeterminación de lo que es solamente de orden conceptual” (pág. 248). Según el autor, ésta es la razón por la cual el pensamiento filosófico tiene una tarea utópica. La libertad es utópica y la verdad también, lo que ocurre es que la segunda predomina en el ámbito teórico de la razón, pero la primera se da en el ámbito práctico. Aguirre no cree que la utopía deba ser algo inauténtico, una representación imaginaria de un futuro que se construye como una máquina o un edificio. Sino que concibe este concepto como algo totalmente auténtico, es más, señala que hay una dimensión utópica dentro de la existencia humana. Entiende la utopía como una especie de pensamiento que se dirige a lo que está sin lugar, *u-topos*, fuera de todo tipo de condicionamiento, no representable y no localizable pero capaz de evocar los conceptos y deseos necesarios para generar una sociedad libre y emancipada. Por lo tanto, la ética no es doblegarse ante la realidad de hecho sin más, a lo existente, a lo que impera, dando justificación normativa a esta realidad por el hecho de darse. La ética es una constante propuesta de finalidades valiosas y positivas para el hombre, de creación de valores para un desarrollo más humano de las personas y de la vida en general. Por lo tanto, la ética

no es el campo de lo que es, de lo que se impone sin más, sino de lo que debe ser o lo que puede ser mejor para el computo total de las personas del planeta. Aguirre, motivado por las reflexiones de Habermas, sostiene que “cuando los manantiales utópicos se secan, se difunde un desierto de trivialidad, de indiferencia y de degradación” (pág. 315). Y es que, sin la dimensión utópica, ese desierto de indiferencia va invadiendo de forma lenta pero progresiva todos los rincones fértiles de nuestros campos de cultivo. No podemos permitirnos perder nuestro sentido utópico de la realidad. Sin él todas nuestras propuestas éticas quedarían anuladas al igual que nuestros anhelos del *deber ser*. La reactivación y revitalización del pensamiento utópico es una de las tareas más difíciles e importantes que tiene pendiente la ética del siglo XXI.

Una de las intenciones fundamentales de este libro es justificar la ligazón entre los conceptos de ética, razón y emancipación. La unión entre los dos primeros conceptos es algo que se argumenta y justifica a lo largo de toda la obra. Pero el concepto de emancipación, aunque parezca asomar la cabeza en todos los temas que se tratan, no se enmarca como tal hasta la parte final del libro. En esta parte, Aguirre sostiene que voluntad y razón, deseo y racionalidad están completamente relacionados. La razón, no es solo comprensión de la realidad, sino que también es deseo de transformación de la realidad misma, es voluntad, es esperanza de emancipación. No hay una separación absoluta entre razón teórica y razón práctica. Simplemente hay diferencias entre ellas, pero su articulación es innegable. La razón no solamente tiene un ámbito de comprensión, también tiene un ámbito de realización y de voluntad de emancipación. Filosofar es pensar en nuestro tiempo, pero también es pensar para nuestro tiempo. Para Aguirre la ética está estrechamente ligada al concepto de emancipación. Incluso llega a afirmar que es el componente nuclear de la misma, el elemento constitutivo. Superar todas las situaciones de explotación y de injusticia no es una tarea ilusoria, es el deber más noble y más justo de todo pensamiento que se quiera autocalificar como verdadero. Este carácter prospectivo de la razón es entendido por Aguirre como algo que debe ser modesto y ajustado a las condiciones históricas y reales que conforman el presente. Por ello afirma que “quizás estemos en tiempos de fragilidad y de modestia, pero a la vez de oportunidades y retos de importancia, en los que hay que continuar como nunca

espoleando la fuerza de la razón y el dinamismo de la conciencia ético-política” (pág. 392). En definitiva, Aguirre piensa que todavía estamos en un momento histórico donde la libertad de unos pocos está fundada en la negación de la libertad de muchos. La libertad de todos no se logra a través de los senderos denostados por la vía de la liberalización, sino por la vía de la liberación. La liberalización es la vía de unos pocos, pero fuertes, que están dispuestos a aprovecharse de la supuesta igualdad de oportunidades. La liberación es la senda de las mayorías, que solo podrán ser verdaderamente libres cuando se den las condiciones reales para que todos, sin excepción alguna, puedan ejercitar su libertad.